

El límite de nuestro tiempo

JOSÉ F. PELÁEZ

Se dice que un columnista es una piscina inmensa, pero de solo un centímetro de profundidad. Quizá el que lo dijo sea demasiado generoso. Armando Zerolo (Madrid, 1978) aparece como lo contrario, como un cerebro diseñado para el conocimiento intenso y abordado de modo holístico, enciclopédico, como si cada aspecto en el que se adentrara terminara con una mini tesis doctoral sin puntos ciegos. Frente a las piscinas de la escritura diaria, Armando es un pozo estrecho y profundo. Y gracias a Dios, porque todos sabemos que a las piscinas va uno a refrescarse, pero de ahí no se bebe. El proble-

ma es que de los pozos se bebe, pero no se sale y, por eso, a Armando hay que agradecerle que haya hecho el esfuerzo de meterse y jugarse la vida para poder sacar agua mientras nosotros leemos en esa piscina, como dominadores del pensamiento.

Zerolo es profesor de Filosofía Política y del Derecho en el CEU San Pablo y se nota en cada página. Su conocimiento no es el de un aficionado, sino el de un perfil académico. Su acercamiento a la Verdad es intelectual, que no es otra cosa que lo espiritual pasado por el tamiz de lo humano. Y 'Época de idiotas: un ensayo sobre el límite de nuestro tiempo' (Ediciones Encuentro) es un libro iniciático, escrito en esta-

do de gracia y que más que un ensayo es un conjunto de meditaciones que no tienen aparentemente nada que ver entre sí. Solo aparentemente. Si hay algo que vertebra el libro es el optimismo, el profundo amor al ser humano y la visión de nuestro tiempo dentro de su contexto, lo que le lleva a escribir contra el decadentismo y la nostalgia, pasatiempos tan de moda. No se puede hablar de ética sin hablar de sociología, porque nos lleva a un dogmatismo violento, que es causa y consecuencia de los populismos. Y no se puede hablar de la fe sin reparar en la condición histórica de la religión. Porque son inseparables.

Así, el libro comienza con una



ÉPOCA DE IDIOTAS
ARMANDO ZEROLO

Ediciones Encuentro.
162 páginas. 17 euros.

revisión del poder en la historia y con un acercamiento al hombre como animal histórico, con ideas y creencias, en la escuela orteguiana. Aunque, quizá, esa sea la parte más compleja. Afortunadamente, Zerolo también escribe con estilo, que no es la Verdad sino el reflejo de la Verdad y el libro avanza para analizar el

azoramiento y el pesimismo con el que convivimos. «Hablar bien de una época resulta contracultural», escribe. Y por eso señala todos los aspectos positivos de una sociedad que, aún así, prefiere fustigarse centrándose en los negativos. Posteriormente se centra en la identidad como tarea y sedimento, subrayando un hallazgo lúcido del límite como lo que une dos mundos y no como lo que los separa. El límite es un puente, aunque se vea como miedo. Y quizá todo el libro vaya, en realidad, de eso, de que estamos asustados de nuestro propio poder, como niños ciegos perdidos en la noche. Un texto importante y recomendable para quien busque motivos para volver al optimismo. Y, de paso, razones para responder al pesimismo del cuñado en la cena de Nochebuena.

UN ÁNGULO ME BASTA

Un sesgo espiritual perdido

«El camino sereno pasa por cultivar la emoción pura, el ingenio sutil y el esfuerzo en el pensar»

FERMÍN HERRERO



La aguja de marear de Ralph Waldo Emerson, el pensador de Concord —aunque naciera en Boston, presumió siempre de ser hombre de campo—, figura capital de las letras norteamericanas, señala de continuo, fijo, hacia los hondones del misterio espiritual de la condición humana; bajo la impronta de la belleza universal orienta constantemente la inteligencia hacia la sabiduría y la autenticidad: «Debemos ser, no parecer». Qué más se puede pedir a un filósofo. Errata Naturae, que está recuperando buena parte de la obra de su discípulo Thoreau, a quien prestó la parcela de 'Walden', ha publicado siete 'Ensayos de un buscador espiritual', a modo de conferencias «a la luz del pensamiento».

Más allá del entendimiento intelectual, que se da por supuesto, en la estela de aquella máxima de Sidney, que cita: «Mira en tu corazón y escribe», apela a la profundidad del sentimiento como palanca de un discurso sobrio, incluso podría decirse que severo, aunque trate, apoyándose a menudo en la analogía o la ejemplificación, de evitar cualquier extremo en beneficio de la reflexión templada y de la inspiración en lugar de la erudición. Siguiendo la huella indeleble de los clásicos, su argumentación es sólida, de 'panzer', pero nunca dogmática, así aborde el temperamento, la providencia frente al libre albedrío y la voluntad,



LA EXPERIENCIA DE LA PÉRDIDA
JOAN-CARLES MÈLICH

Fragmenta.
126 páginas, 12,90 euros.



ENSAYOS DE UN BUSCADOR ESPIRITUAL
RALPH WALDO EMERSON

Errata Naturae. 248 pág. 19,90 euros.



VACIAD LA TIERRA
AGUSTÍN PÉREZ LEAL

Pre-textos.
276 páginas, 20 euros.

la autosuficiencia, de la que se declara partidario acérrimo o el éxito popular en lo que tiene de servidumbre a evitar, tachándolo de insensato y pueril, frívolo y ególatra; qué pensaría de estos tiempos de narcisismo y autobombo desbocados por las redes y vertederos de internet.

Aparte de escritor con fundamento sustancial, Emerson fue un orador egregio, clarividente, con una elocuencia persuasiva, de mucho aprovechamiento, que calaba en sus oyentes coetáneos y, duradera, encandila al lector de hoy en día, nos hace meditar, además de consolidar y revitalizar nuestra alegría interior. Y así seguirá siendo, salvo hecatombe de la civilización occidental, pues su palabra va dirigida a un «público eterno».

Pocos autores han mostrado con tanta lucidez, mediante percepciones agudas que son revelaciones de «la ley absoluta», acorde con la naturaleza y su plus de armonía y gozo, el camino de oposición, cuando menos de resistencia, frente al feroz materialismo y al imperativo de lo pragmático característicos del presunto progreso, a ultranza, instaurado por la modernidad. Ese camino sereno, lejos de fisgones, entrometidos y serviles, pasa, según este trascendentalista creyente en una Unidad o Alma Suprema «dentro de la cual el ser particular de todos los hombres reside y es uno con todos los demás», por cultivar, como él, la emoción

pura, el ingenio sutil y el esfuerzo en el pensar para vencer el desasosiego e insatisfacción que arrastra cualquier existencia mediocre, la de todos.

La lección de Emerson y de todo el pensamiento clásico entró en quiebra con el siglo XX. Toda la herencia espiritual de siglos, tamizada por el trascendentalismo, lo que Stefan Zweig denominó 'El mundo de ayer', fue borrada de Europa por los vendavales totalitarios. Un símbolo de esa devastación fue el espantoso final de Ósip Maldelstam, que el poeta turrolense Agustín Pérez Leal recrea, junto al clima de la época bolchevique en su conjunto, en 'Vacíad la tierra' (Pre-textos), narración vibrante, lineal con los flashbacks justos, de una precisión semántica soberbia; atroz, como no podía ser de otra manera, en la reconstrucción minuciosa y conmovedora de los últimos años del poeta acmeísta aniquilado por defender el valor sagrado de la palabra bajo las garras del estalinismo, que borró con su violencia desde el poder cualquier atisbo de espíritu.

A diferencia, por caso, de Iván Bunin, tampoco comprendió Maldelstam, como le pasó a Marina Tsvetaíeva, al calor de los acontecimientos, que «lo principal desde el primer instante de la Revolución es entender: ¡todo se perdió!». De hecho la apoyó como buen «creyente», hasta que se convirtió en víctima de «la gran maquinaria picadora de carne del



país de los soviets». Pérez Leal ha escrito un testimonio, a la vez que homenaje, estremecedor, se mete en la piel del amante de Armenia y de qué manera, incluyendo sueños, delirios, poemas o pensamientos, desde que está encerrado por segunda y definitiva vez en una celda inmundada de la Butyrka moscovita por orden directa del tirano Asirio, de Koba el Terrible, a causa de un epigrama sobre su persona, hasta un campo de tránsito de la temible NKVD cerca de Vladivostok, camino de Magadán y Kolimá, donde mantiene encuentros ficticios muy bien traídos con un niño y con el rey de los bandidos del GULAG, aun cuando ya era «demasiado tarde para todo lo humano».

No hay más que una, menos mal

La narradora noruega Vigdis Hjorth desmenuza la maternidad en el soliloquio poético y analítico por momentos de '¿Ha muerto mamá?'

VICTORIA M. NIÑO

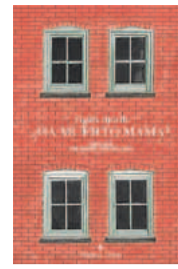
Lleva treinta años sin verla y se convierte en su obsesión. Johanna dejó su Noruega natal y su matrimonio con un abogado para seguir a su profesor de pintura hasta Estados Unidos. Viuda ya, con su hijo emancipado, regresa a su país por una exposición y se establece a pocos kilómetros de su madre. '¿Ha muerto mamá?' es la pregunta de la que parte la no-

vela de Vigdis Hjorth. En el haber de los acontecimientos no existe mucho más que contar. El libro es un soliloquio por momentos poético, psicoanalítico, descarnado y melancólico en torno a su relación con la progenitora.

Johanna se dirige a su hermana Ruth, la que «tiene el deber» de contestarla, quien vetó la comunicación con su madre porque es quien la cuida. En ese laberinto emocional al que se asoma inicialmente desde la razón, se mueve su narración, un constante ir y venir del presente al pasado dibujando círculos concéntricos cada vez más grandes. Va esbozando la figura del padre conservador, de la madre supeditada al marido, de la hermana ejem-

plar. En ese escenario Johanna, que ni siquiera acudió al sepelio del progenitor, concita su desprecio. Y ella lo entiende pero nunca quisieron escucharla, ese es su afán. Más que ser querida, exculpada, redimida, desea exponer sus argumentos.

De la razón pasa a la emoción, porque la infancia es determinante y porque la de su madre está marcada por el abandono de sus padres. ¿Con qué derecho las madres infectan con sus desgracias a su prole?, se pregunta. Escala en el árbol familiar, recorre la huella de cada uno, desmenuza las distintas formas de relacionarse con los hijos. De vez en cuando para su monólogo para enviar o atender los mensajes de



¿HA MUERTO MAMÁ?
VIGDIS HJORTH

Traducción de Kirsti Baggethun y Asunción Lorenzo. Nórdica. 325 páginas. 22,50 euros.

su vástago, ese con el que no quiere repetir errores. Y vuelve a hablar íntimamente de su madre, de la que es, de la que guarda en su memoria, de la quiso que fuera, de los días en los que se saltó su severidad puritana y la empujó a dibujar, ese entretenimiento que acabó siendo su vida. Por-

que cuando pinta, Johanna se despegaba de sí, se siente libre y hace cuadros que ofenden a su familia. Y los expone porque no los pinta pensando en ellos. De la emoción, a la obcecación, se acerca a la casa de su madre, la sigue por la calle, intenta hablar con ella. Avanza y retrocede en una escritura circular, cercana a la letanía, con reflexiones aforísticas entre capítulos más narrativos y momentos deslumbrantes. El vínculo insoslayable que representa la maternidad se conforma casi en género a juzgar por la cantidad de novelas que lo abordan en los últimos años. La escritura desnuda de Hjorth holla en el surco de Angelika Schrobsdorff ('Tú no eres como las demás madres') o de Lucía Berlin ('Manual para las señoras de la limpieza') pero sin la ironía de estas.



Detalle de la ficha policial de una de las detenciones de Ósip Maldelstam. EL NORTE

Joan-Carles Mèlich, profesor de la Autónoma de Barcelona, ha publicado la mayor parte de su obra en las ediciones menudas, pero grandes, de Fragmenta, aunque también cabría señalar el flamante premio nacional de ensayo 'La fragilidad' (Tusquets) o 'Ética de la compasión' (Herder). Ha aparecido hace poco 'La experiencia de la pérdida', dedicado a la memoria de sus abuelos, traducido del catalán por Marta Rebón, que firma también un curioso posfacio centrado en 'El doctor Zhivago', de ahí que la foto de la portada sea de la habitación donde murió Pasternak, otro ejemplo de aplastamiento del espíritu por parte del realismo socialista. El libro nos

ofrece, desde una espiritualidad laica, una filosofía literaria, enfocada hacia la compasión —la caridad según Levinas, el cuidado para otros—, que pueda procurarnos algún consuelo, cierto atisbo de sentido, con minúsculas, ante la experiencia radical de la pérdida del título, de la finitud, que nos deja en la intemperie, al descubierto. Para Mèlich «la condición humana es elegíaca», por tanto, ya que no existen principios perfectos, completos, inmutables, sino en todo caso certezas condicionadas, «estamos condenados a la desazón y la zozobra». La preeminencia de lo ausente y de lo que se carece determina que podamos «ser felices», pero que sea imposible

hallar «un reino de la felicidad».

Vivir es así, entre sucesos corrientes y acontecimientos decisivos, como adelanta en el pórtico, un constante «hacerse y deshacerse» a partir del desajuste, de la alteridad que acabamos de esbozar: «Caminante, no hay camino, se hace camino al andar», por decirlo con Antonio Machado. La situación del hombre la compara, también acertadamente, con la del paseante del célebre cuadro romántico de Caspar David Friedrich, de espaldas al espectador y a la humanidad, asomándose al vértigo, al vacío, al abismo del mar de nubes que se abre desde el pico de la montaña, frente a él, y lo atrae hacia la nada.

«Desde que Nietzsche anunció la muerte de Dios —que no es sino la muerte de la metafísica del mundo dado por supuesto— vivimos en la orfandad, en un universo de nostalgias, de vacíos, de ideologías». De cómo superar, o cuando menos aliviar, esta ausencia de lo Absoluto, con su consiguiente añoranza, en acepción de Steiner, malamente distraída por la entronización del progreso, se ocupa el ensayo en una decena de capítulos tan sucintos como apretados, de mucho provecho. Y lo hace, una vez descentrados, finiquitados, en opinión del autor, los metafísicos, mediante puntos de apoyo literarios que a lo largo de la historia de Occidente han cuestionado o transgredido los marcos sociales imperantes y han rebasado la aflicción de saber que somos contingentes, que «vivimos siempre en despedida». Con este fin acude, con Semprún, a la memoria y su deber insoslayable; al recuerdo con Proust; a la mentada nostalgia con Simone de Beauvoir; a la melancolía con Freud; a la muerte con Woolf; al duelo, en fin, atravesado por el amor, con Joyce. Un recorrido ecléctico y ejemplar.

AL PIE DE LA LETRA

CARLOS AGANZO



La esquiva criatura del poema

La poesía de Carolina Zamudio (Curuzú Cuatiá, Argentina, 1973) está marcada, como su vida, por el signo de la mudanza. De lo inasible, lo huidizo, lo perecedero. Su biografía, repartida por Argentina, Emiratos Árabes, Suiza, Colombia y Uruguay, donde actualmente reside, la ha convertido en una «esquiva criatura que vive sin fronteras». La herida por un desabrimiento que trata de buscar en el poema el punto de inflexión: el lugar en el que detener, acaso por un instante, el mecanismo inexorable de la rueda de la vida. Como en una fotografía o, en su caso, en una pintura. Un testimonio del ser en medio de la corriente de las horas.

En coherencia con su vida, su obra ha anclado también en diferentes puertos. Sus libros —'Seguir al viento', 'La oscuridad de lo que brilla', 'Doble fondo', 'Rituales del azar', 'Teoría sobre la belleza', 'La timidez de los árboles', 'Vértice'...— han ido viendo la luz, sucesivamente, tanto en lugares de América (Argentina, Colombia, Perú, EE UU) como de Europa (Francia, Italia). También en España. Esta vez, aquí, en forma de antología. De 'summa poética' reunida bajo el título de 'Las certezas son del sol', y publicada en Granada por Valparaíso.

Y en concomitancia con su vida y con su obra en tránsito, sus poemas, cada uno de ellos, se convierten en una pequeña obra cerrada en la que la palabra pugna como alternativa a la esquividad, a la escurridura del tiempo. Y a las añagazas de la memoria. «Sé que puedo extrañar en quien no fui / en aquellas tierras que tampoco eran mías», dice la escritora, que reivindica la poesía como asom-



LAS CERTEZAS SON DEL SOL
CAROLINA ZAMUDIO

Valparaíso Ediciones. 102 páginas. 12 euros.

bro, como iluminación, como relámpago, pero también como reivindicación del ser a partir de su memoria, de su «historia en pausa». Desvelaciones del presente, «como la cáscara que se quita», pero además evocaciones de momentos germinales del pasado, de visiones configuradoras, de paraísos perdidos. Y de horizontes («¿el mar, el desierto, las pampas?») de eternidad. La mirada atenta a las manifestaciones del mundo y sus criaturas, pero asimismo la desazón, cada vez que nos asomamos a ese balcón «con vistas hacia dentro» que llega con cada noche. Espacios sin tiempo. El desafío del poema frente al tiempo, «ese insensato» que nos construye al mismo tiempo que nos deshace. Palabras, que «no piedras», para certificarlo. Fulgores frente a las sombras de la zozobra y el desasosiego. Y la búsqueda de las raíces, de los amarres, de las permanencias, frente al turbión de las mudanzas. Certezas que son del sol, dice Carolina Zamudio. Entre ellas, la constatación de que «no hay vida sino dentro del amor y sus mil caras». El amor y sus palabras, por fin, como balsa de naufrago en medio del mar picado de la incertidumbre.